

XXIX

Las rivalidades de patronato sobre la Hungría, las escitaciones de la Francia, la necesidad de dar curso en el exterior á la inquietud de los genizaros, y sobre todo la ambicion de medir sus fuerzas con las de Carlos V, el Soliman del Occidente, hicieron volver al sultan á Belgrado en 1532. Doscientos cincuenta mil hombres lo precedian. M. de Rinçon, embajador de Francia lo aguardaba allí. Quince mil tártaros, mandados por Sahib-Gherai, hermano del khan de Crimea, aliados perpétuos de los otomanos, se incorporaron con su ejército. Esta campaña, que no fué mas que una serie de sitios contra las ciudades y los castillos de los magnates rebeldes de Zapolya, mostró la disciplina del ejército y la magnanimidad de Soliman. Devolvió casi por todas partes las ciudades conquistadas á los héroes húngaros que las habian defendido bien contra él, contentándose con vencer y exigir juramento de fidelidad al rey que él protegía contra el hermano de Carlos V. Solo Kasim-Beg, uno de sus generales mas aventureros y mas fanáticos,

devastó la Estiria y el Austria con un cuerpo de veinte mil caballos indisciplinados. Los jóvenes de ambos sexos cogidos en estas excursiones y atados á la grupa de los caballos de los adkinjis fueron llevados como rebaños de esclavos y vendidos á precio vil en los campamentos. El conde de Lodron, el margrave de de Brandeburgo vengaron estos pillajes de hombres en Priggiliz en un desfiladero en que perecieron diez mil turcos. Kasim-Beg y Othman sucumbieron allí á manos de los ginetes estirios ó húngaros. Pablo Bakics, uno de estos héroes, alcanzó con su lanza á Othman, lo derribó en tierra, y le atravesó el corazon con un puñal. El casco embutido de oro de Kasim fué enviado á Carlos V.

Durante estos combates parciales, Soliman y las masas de su ejército avanzaban por los ásperos senderos de la Estiria hasta el pié de las torres de Gratz. En el dintel de una de estas torres se esculpió la figura del sultan, en memoria de esta aparicion, que hizo temblar á la Alemania y á la Italia.

Los turcos que tropezaban contra mil castillos y numerosos destacamentos de intrépidos voluntarios, sin hallar en ninguna parte un ejército, refluyeron muy pronto con un botin de cuarenta mil esclavos. De vuelta en Belgrado, Soliman dirigió al imperio y las córtes de Europa y de Asia cartas victoriosas, en

que acusaba la cobardía de Carlos V, que no se había atrevido, decía, á defender en persona contra él la Alemania. « Príncipe, escribía, tan imposible de encontrarse en un campo de batalla, como al lado de las mujeres. »

El rey de Polonia, Sigismundo, le envió embajadores á Belgrado, para implorar su alianza y su protección contra los tártaros de Crimea. Soliman concedió á los polacos lo que pedían: prohibió á los khanes de la casa de Gherai que repitiesen sus incursiones en Polonia. El 18 de noviembre entró vencedor sin combate en Constantinopla.

Pero mientras que Carlos V se eclipsaba ante él en Alemania, el almirante genovés, Andres Doria, comandante de la flota de la Italia, del papa, de la España, limpiaba el mar de bajeles otomanos, aterraba las costas de Morea, é insultaba impúnemente la misma embocadura de los Dardanelos. Los turcos, invencibles en el continente, han poseido raras veces el mar. Además de no ser el ingenio naval propio de las razas pastoriles, otra cosa explica en la historia esta inferioridad de los otomanos. En tierra peleaban ellos mismos; en el mar peleaban por ellos los griegos, sus esclavos ó sus súbditos. Estos griegos, excelentes marinos, pero súbditos ó esclavos, no hallaban en su fé ni en su orgullo de raza el principio de herois-

mo que daba la victoria á los musulmanes en los campos de batalla. Luego, las guerras navales no son levadas en masa, de las que no se exige mas que impetuosa y valor; las guerras navales son un arte. Se puede improvisar un ejército, pero no una flota. Los buques, esos instrumentos de la guerra marítima se construyen, se arman y se acostumbran á las evoluciones del mar con lentitud.

Los otomanos no han tenido nunca la administración naval que crea y conserva las flotas. Situados entre tres mares, dos estrechos y un archipiélago, no han sabido nunca poseerlos apesar de ocuparlos. Cada raza tenía su genio, mas influente en su destino que la misma geografía. El almirante de una pequeña república, que no poseía mas que una roca y un puerto en el Mediterráneo, como Génova, hacía temblar al señor del Asia y de la Europa en Constantinopla.

XXX

Estas humillaciones en sus costas y el deseo de proseguir en Persia los planes abortados de su padre

Selim I, hicieron á Soliman II mas accesible á los consejos de paz con Cárlos V y Fernando. Recibió en Constantinopla sus embajadores, y él mismo consintió en enviar, por la vez primera desde la fundacion del imperio, un embajador á Viena. Fernando lo recibió sentado sobre un trono cubierto con paño de oro, rodeado de los grandes de Bohemia, de Austria y de algunos magnates de Hungría, partidarios suyos. La paz, bajo el nombre de tregua, fue concluida por la intervencion del mismo Cárlos V, que consintió en prometer al sultan la restitution de los puertos de Morea, conquistados por Doria, y en enviar á Constantinopla las llaves de la fortaleza húngara de Gran, como signo de deferencia. Soliman se comprometia por su parte á respetar las posesiones que Fernando poseia en el territorio de Hungría.

Estas condiciones, aceptadas en Viena, fueron llevadas por los embajadores de Fernando á Constantinopla para que las ratificase Soliman. La narracion de la residencia de estos embajadores en su córte, sacada de los archivos españoles, caracteriza al siglo, los lugares y los hombres. El gran visir Ibrahim recibió con un júbilo poco disimulado las llaves de Gran, que le trajeron, prometiéndoles contentarse con aquel homenaje, y no insistir en la entrega real de la fortaleza.

« Ibrahim, dicen, los tuvo largo rato en pié, dándole tiempo para contemplar el rostro del gran ministro que removia con el pensamiento el mundo desde Viena hasta Bagdad. Se parecia al sultan; su figura era ovalada y fina, los ojos negros y dulces, la tez tostada por seis campañas, la boca entreabierta, dientes blancos separados los unos de los otros, y agudos como pepitas de granadas. Les habló con la elocuencia y la jactancia natural á los griegos de la Albania, su patria. Al principio, les dijo, el prest de estos genízaros que hacen temblar el Danubio y el Eufrates no era mas que de medio áspro por dia; despues hemos podido elevarlo sin dificultad á dos, á tres, á cinco áspros; ahora, el soldado raso recibe ocho. Nuestra marina necesita gastos enormes; pero el tesoro es tan rico que apenas se nota lo que se extrae. Ayer mismo saqué de él *mil cargas* de caballos, es decir, dos millones de ducados de oro para equipar una flota contra la Italia... Cincuenta mil tártaros bastarian para subyugar el mundo... No somos tan bárbaros como creen los cristianos. Yo mismo he hecho llevar á millares de mujeres, de muchachos y de prisioneros á vuestros bosques para preservarlos de la esclavitud; muchos han hecho lo mismo. Yo gobierno este vasto imperio; yo doy los empleos, distribuyo las

«provincias, lo que doy dado está; lo que rehusó re-
 «husado queda; aun cuando el mismo Padischah
 «quiere conceder ó ha concedido alguna cosa, si yo
 «nosancionosu decision, es como si no hubiese hecho
 «nada, porque todo depende de mí: guerra, paz,
 «política, tesoro. Os hablo así para estimularos á
 «hablarme con confianza.» Habiendo examinado
 luego el sello de Carlos V que traia el tratado: «Mi
 «señor, dijo, tiene dos sellos semejantes, de los que
 «él guarda uno, y yo tengo el otro, porque no quiere
 «que haya ninguna diferencia entre los dos. Si se
 «manda hacer trajes, los pide iguales para mí; todo
 «lo que quiero construir lo paga de su bolsillo. Él
 «ha levantado á su costa este palacio, este salon en
 «que os recibo... Mi emperador ha dado la Hungría
 «al rey Juan Zapolya, y nadie podrá quitársela.
 «Guardaré muchas consideraciones á la reina María
 «de Hungría (reina desposeida, viuda del rey Luis II,
 «muerto en Mohacz); se le devolverán su dote y sus
 «dominios personales... Si hubiera permanecido una
 «hora mas en Ofen, hubiera caido en mis manos. Mi
 «señor la hubiera tratado como á una hermana... La
 «gloria de los grandes soberanos consiste en honrar
 «á los vencidos...»

Y como los embajadores se mirasen entre sí admirados de semejante lenguaje, y pareciese por su fiso-

nomía que atribuian al veneciano Gritti una elocuencia tan civilizada y tan magnánima, Ibrahim adivinó su pensamiento en su silencio, segun dice el manuscrito latino: «No creais, añadiósonriéndose, que me
 «inspira Gritti estas palabras; Gritti no me hace que-
 «rer y decir lo que yo quiero y digo; por el contra-
 «rio, yo hago decir y querer á Gritti lo que me con-
 «viene. Os lo repito para que no lo ignoreis: yo soy
 «el señor, y lo que yo quiero, lo quiere el sultan.»

XXXI

En semejante lenguaje se comenzaba á revelar la *embriaguez del flautista*, elevado por la amistad de su señor al nivel del trono, que querria ocupar muy pronto. En esta alternativa de un espíritu ébrio de grandeza, parecia que se presentia á distancia que la fortuna lo abandonaba.

La narracion de su última conferencia con Ibrahim manifestó mas á las claras el carácter jactancioso del griego, convertido en señor de su amo. Entre otras preguntas indiferentes que tuvieron lugar ántes de entrar en materia, hizo Ibrahim la siguiente:

« ¿Porqué no está la España tan bien cultivada como
 « la Francia? » Le respondieron que se debía atribuir á la sequedad del país, á la expulsion de los judíos y de los moros, y al orgullo de los españoles, que preferian el manejo de las armas al del arado. « Ese
 « orgullo, observó Ibrahim, está en la sangre; los
 « griegos igualmente son arrogantes y generosos. »
 Por fin abrió la conferencia con una parábola: « El
 « mas terrible de los animales, el leon, no puede ser
 « domado por la fuerza, sino por la astucia, por el ali-
 « mento que le da su guarda, y por el influjo del há-
 « bito; el guarda debe llevar un palo para intimidarlo:
 « ninguna otra persona podria darle de comer. El
 « leon es el príncipe, los que lo guardan son sus con-
 « sejeros, sus ministros; el palo es la verdad y la
 « justicia, que deben ser las eualidades del príncipe.
 « Yo guío á mi señor, el gran emperador, con la vara
 « de la verdad y de la justicia. El rey Carlos es tam-
 « bien un leon; es menester pues que sus embajadores
 « lo domen de la misma manera. » Y poniéndose luego
 á hablar de su poder: « Lo que yo hago, dijo, he-
 « cho está; yo puedo hacer un bajá de un palafrene-
 « ro; puedo dar provincias y reinos á quien me aco-
 « mode, sin que mi señor se ocupe en saber lo que
 « he hecho; si manda algo que desapruebo, no se
 « ejecuta; y por el contrario, si él desaprueba algo

« de lo que yo mando, no por eso deja de llevarse á
 « efecto. La paz, la guerra, y los tesoros del imperio
 « están en mis manos, mi señor no está mas lujosa-
 « mente vestido que yo; mi fortuna está intacta, por-
 « que él paga todos mis gastos. Sus reinos, sus pro-
 « vincias, sus caudales me están confiados y hago de
 « ellos lo que me acomoda. Yo he vivido con el sul-
 « tan desde mi adolescencia; he nacido en la misma
 « semana que él. Cuando subia al trono, envió un
 « embajador á Hungría con la esperanza de entablar
 « con los húngaros relaciones de buena vecindad y de
 « recibir el pésame por la muerte de su padre, y la
 « enhorabuena por su advenimiento; pero se apodera-
 « ron del mensajero y lo encerraron en un calabozo.
 « Otro tschausch que recibió la misma mision sufrió
 « el mismo tratamiento, probablemente porque juz-
 « garon que era un alto personaje; todo esto irritó
 « mucho al gran padischah. Poco tiempo despues, el
 « rey de Francia fué vencido en Pavia, y su reina
 « madre escribió á mi señor las siguientes palabras:
 « Mi hijo, el rey de Francia, ha sido hecho prisionero
 « por Carlos, rey de España, yo creia que Carlos hu-
 « biera tenido la generosidad de ponerlo en libertad,
 « pero léjos de eso, lo ha tratado indignamente. Ven-
 « go pues á suplicarte, gran emperador, que muestres
 « tu magnanimidad rescatando á mi hijo. Conmo-

« vido el padischah con las desgracias de los france-
 « ses, é irritado con la conducta de Carlos V, buscó
 « el medio mas eficaz de favorecer á la suplicante, y
 « pensó en vengar el indigno trato infligido á sus en-
 « viados por el rey de Hungría, con tanto mas mo-
 « tivo, quanto que la mujer del rey Luis era hermana
 « de Carlos V. Luis salió el encuentro al padischah,
 « y los dos defendieron sable en mano sus pretensio-
 « nes al trono. El acero decidió la cuestion y nos
 « confirió el derecho de reinar : Yo he vencido los
 « húngaros, porque el padischah no estuvo en la ba-
 « talla de Mohacz; iba á montar á caballo, cuando
 « le envié la noticia de nuestra victoria. En seguida
 « tomamos á Ofen, y nuestro derecho prevaleció. »

Ibrahim habló largamente de la conquista de Ofen,
 de la matanza de los prisioneros, que no habian pe-
 recido por orden suya ni del sultan, sino por su
 propia culpa. Luego habló otra vez de las pretensio-
 nes exageradas de Hobordansky, del sitio de Viena,
 haciendo notar que habia reconocido á menudo las
 fortificaciones yendo disfrazado, y con un turbante
 de color, en lugar del blanco. « Durante este tiempo,
 « dijo, Carlos V estaba en Italia amenazando á los
 « turcos con la guerra y á los luteranos con una
 « forzada conversion á sus antiguas creencias; ha
 « venido á Alemania y no ha podido lograr nada. No

« es digno de un emperador comenzar una cosa y no
 « terminarla, decir y no hacer. De esa suerte ha
 « convocado un concilio que no se ha verificado; ha
 « asediado á Ofen y no lo ha tomado; debia haber
 « reconciliado á su hermano Fernando y al rey Juan,
 « y no lo ha intentado; si yo quisiera convocar hoy
 « un concilio colocaria á Lutero á un lado y al papa
 « á otro, y los obligaria á restablecer la unidad; el
 « sultan y yo haríamos así lo que Carlos V hubiera
 « debido hacer. Si el rey de Hungría hubiese muer-
 « to en su cama, tal vez Fernando tendria algunos
 « derechos á su sucesion; pero como ha perecido en
 « el campo de batalla, su reino nos pertenece, por-
 « que lo hemos conquistado; nosotros hemos inva-
 « dido la Hungría; hemos devuelto su castillo á tu
 « hermano (dirigiendose á Gerónimo de Zara, uno de
 « los enviados austriacos), hemos recibido el home-
 « naje de todos los gobernadores; hemos permane-
 « cido en Hungría mientras nos ha parecido conve-
 « niente, y no hemos hallado quien nos opusiera
 « resistencia. » Después de este preámbulo y otras
 digresiones, pasó Ibrahim al objeto especial de la
 conferencia, á la carta de Carlos V : « Esta carta, dijo
 mostrándola en la mano, « no es una carta de un so-
 « berano prudente y moderado; Carlos V enumera
 « en ella con orgullo sus títulos y otros que no posee.

« ¿Cómo se atrevé á llamarse rey de Jerusalén? ¿No
 « sabe que el gran emperador posee esta ciudad?
 « ¿Piensa arrebatár al sultan sus Estados, ó se pro-
 « pone mostrarle así su desprecio? ¿Ya he oído que
 « los señores cristianos van en peregrinacion á Jeru-
 « salén en traje de mendigos? ¿Creé Carlos V que será
 « su rey porque visite á Jerusalén como méndigo?
 « Yo prohibiré la entrada en esa ciudad á todos
 « los cristianos. » El embajador Cornelius Duplicius
 Schepper trató de disculpar lo mejor que pudo el tí-
 tulo que se había arrogado Carlos V, diciendo
 que eran prácticas de cancillería, que no significaban
 nada. « Además, continuó Ibrahím, Carlos V coloca
 « á Fernando y á mi señor al mismo nivel, con ra-
 « zon quiere á su hermano; pero no debe por eso re-
 « bajar la dignidad del gran padischah con esta com-
 « paracion. Mi señor tiene muchos sandjakegs, mas
 « poderosos y ricos en tierras y hombres que Fer-
 « nando. » Dirigiéndose luego á Gerónimo de Zara:
 « Tu pariente y el de tu hermano Nicolás, el sand-
 « jakeg de Kara-Amid, tiene mas tierras y adminis-
 « trados que tu rey. Cincuenta mil ginetes le deben
 « el servicio militar; sus spahis y sus feudatarios son
 « mas numerosos que los de Fernando; mi señor
 « tiene además otros sandjakegs como estos. El em-
 « perador Carlos V debería avergonzarse de escribir

« una carta semejante. Cuan diferente y verdadera-
 « mente régia es la carta que el rey Francisco nos ha
 « enviado durante la campaña de Hungría, y en la
 « cual firma con sencillez, Francisco, rey de Fran-
 « cia. Por eso el gran padischah, queriendo honrar
 « á Francisco, y rivalizar en nobleza con él, no ha
 « hecho tampoco la enumeracion de sus títulos en
 « su respuesta, y le ha escrito como á un hermano,
 « tiernamente amado; por esta razon tambien ha re-
 « cibido Barbaroja la orden de obedecer á Francisco
 « como al gran padischah. Si Carlos V hace la paz
 « con nosotros, en ese caso será emperador, porque
 « harémos que así lo reconozcan los reyes de Francia
 « y de Inglaterra, el papa y los protestantes. ¿Creéis
 « que la amistad que une á Carlos V y al papa sea
 « muy segura, sobre todo si recuerda este último el
 « saqueo de Roma y el tratamiento que se le ha dado
 « en su cautiverio? Yo he comprado por sesenta mil
 « ducados un diamante arrancado de su tiara. Este
 « rubí, (mostrando un anillo) estaba en la mano del
 « rey de Francia, cuando cayó prisionero. ¿Y qué-
 « reis que el rey Francisco ame á Carlos V?»

Al acabarse esta conferencia, Ibrahím condujo al
 mismo Soliman, por la noche, á casa de su confidente
 Gritti, intérprete de la negociacion, para hablar fa-
 miliarmente con los enviados de Austria y de España.

Los visires y los cortesanos se indignaron porque se derogaban de aquella suerte á las reglas de la etiqueta y murmuraron contra un favorito que habia robado con sortilegios la razon y la libertad á su señor.

XXXII

Apénas ratificó Soliman II la tregua y despidió á los embajadores, nombró de nuevo á Ibrahim seraskier ó generalísimo del ejército de Persia y lo envió á Koniah, capital de la Caramania, para reunir allí las tropas y preparar la campaña. Iskender Tchelebi, buen administrador de la hacienda del imperio, acompañaba á Ibrahim á Koniah como vice-seraskier. Sus riquezas, su lujo iban á la par con el prestigio que tenia en el ejército. Poseia el genio militar. Mil doscientos caballos, contingente de sus dominios en Asia, lo seguian; seiscientos esclavos, magníficamente vestidos y con la cabeza cubierta de gorros encarnados bordados, servían sus tiendas. Ibrahim igualaba con dificultad la suntuosidad de Iskender y temia que el vice-seraskier lo eclipsara á los ojos de la tropa y que le robara el afecto del sultan. Guar-

dian del tesoro del ejército, en calidad de defferdar ó ministro de Hacienda, Iskender-Tchelebi, aunque íntegro, inspiraba sospechas con su magnificencia. Una baja intriga de Ibrahim las fomentó. Una noche, durante la marcha de los carros que llevaban el tesoro, el grito de ¡ladrones! dado por soldados, confidentes de Ibrahim, detuvo la marcha del ejército. Ibrahim acudió, é hizo arrestar á treinta guardias de los que escoltaban el tesoro. Interrogados é inspirados por los enemigos de Iskender, declararon en presencia de los instrumentos de tortura que eran cómplices de Iskender y que iban á saquear el tesoro en provecho de él.

No se pasó adelante temiendo herir la autoridad del sultan que habia nombrado al vice-seraskier. Acreditada la calumnia por los declarantes bastaba para perder lentamente al rival de Ibrahim. Iskender que presentia su perdicion en la enemistad sorda del gran visir, procuró perderlo á su vez, aconsejándole que fuese directamente al centro de la Persia, á Tauris, en donde podia caer en algun lazo tendido por Tahmash á su ambicion de gloria. Ibrahim siguió este consejo y marchó con ciento cincuenta mil hombres contra esta ciudad. Penetró en ella sin combate, y dirigió al sultan su parte triunfal de sus conquistas. Soliman avanzó tambien con su ejército de reserva,